

CORNELII TACITI *Historiarum libri III-V*, CAYO CORNELIO TÁCITO, *Historias*, libros III-V, intr., trad. y nts. José Tapia Zúñiga, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades / Programa Editorial (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1999, CCLIX + 155 + 155 págs.

### *Tácito, ¿odiador de judíos?*

Tenemos ante nosotros un libro escrito originalmente en latín, estudiado y traducido a lengua española por el filólogo mexicano José Tapia Zúñiga.

El libro se llama *Historias*. El autor, Cornelio Tácito, que a la luz de su propia producción literaria se ha considerado el máximo historiador del principado romano; que narró la vida de tanta gente; que poseía los poderes supremos de la palabra, olvidó contarnos algo de su propia biografía, de tal suerte que hoy por hoy no sabemos a ciencia cierta dónde nació, ni quién fue su padre, ni cuáles sus aventuras dignas de ser escuchadas; ni siquiera nos consta su nombre completo.

Sin embargo, por otros caminos,<sup>1</sup> sabemos que fue un hombre próspero en política y muy afortunado en el matrimonio, porque se casó con la hija de un gobernador.

---

\* Texto leído con motivo de la presentación del segundo volumen de las *Historias* de Tácito, en la XXI Feria Internacional del Libro, el día 1º de abril de 2000, en el Palacio de Minería, México, D. F.

<sup>1</sup> G. Boissier, *Tacite* (1926); C. Marchesi, *Tacito* (1924); P. Willeumier, *Tacite, l'homme et l'œuvre* (1949); C. W. Mendell, *Tacitus, the man and his work* (1957); Syme, *Tacitus* (1958); E. Paratore, *Tacito* (1962), aparato conocido y estudiado por Tapia Zúñiga.

Y José Tapia, traductor y comentarador de quien aquí hablamos, afirma que, de joven, Tácito fue un ejemplar estudiante de retórica, y que tanta era su elocuencia que muy pronto inició una abundante cosecha de triunfos no sólo en la escuela sino también en el foro y en el senado. Sin embargo, en relación con esto, hay quien asegura, en contra, que teniendo la obligación de acusar a un ladrón de esos espinosos de cuello blanco, lo que hizo Tácito fue pronunciar un larguísimo discurso de dos horas elogiando a su abogado socio Plinio el Joven, con el resultado de que el acusado se frotaba las manos de puro gusto, al sentirse olvidado por tales acusadores entregados a la recíproca alabanza.

Pero en cuanto a las *Historias* que aquí intentamos vender, o al menos dar a conocer, me temo que tengo que decir algo serio, puesto que esta obra de Tácito es, obviamente, texto imprescindible en carreras universitarias como la de historia o la de letras clásicas, y también objeto de simple placer.

Ahora bien, sea como sea, yo considero que las *Historias* de Tácito son una obra clasificada en XXX, sólo para adultos con restricciones: deben leerse con mucho discernimiento, con mucho tiento, ya que, según mi juicio, representan un grave peligro para ciertas mentes débiles y desamparadas por la naturaleza, que todo lo creen.

Por qué considero las *Historias* de Tácito en clasificación XXX. En primer lugar me parece que Tácito se traiciona a sí mismo al no cumplir su promesa de narrar “no con amor pero también sin odio” (I, I, 5). En segundo lugar, porque no siendo objetivas las narraciones de las *Historias*, sus lectores, perteneciendo a pueblos sojuzgados y oprimidos, pueden caer fácilmente en la peor desgracia de justificar y amar a los “genocidas”, matadores de pueblos, y de odiar a los pueblos sojuzgados y pasados por las armas, y por ende tolerar ellos mismos para siempre el yugo de los imperios.

Yo me pregunto cómo remediar esto en unas narraciones llenas de matanzas, de guerras, de sediciones y de crueldad, pues la naturaleza humana no libera a nadie, escritor o no, de las morbosas ataduras al tratar semejantes asuntos de sangre. Nos es forzoso tomar partido, mostrar simpatía o antipatía, e incluso hacer proselitismo.

Para explicar la falta de objetividad en Tácito, basta conocer por ejemplo, su historia acerca de la destrucción de Jerusalén. En el libro V, al inicio, el historiador nos dice:

Pero ya que voy a contar el supremo día de una famosa ciudad, me parece congruente abrir sus primeros inicios (V, II, 1).

Nótese cómo en estas pocas palabras Tácito usa dos adjetivos para describir los dos más importantes conceptos de esta frase: *supremo* y *famosa*: supremo día, famosa ciudad. ¿Por qué calificar de *supremo* el último día de una ciudad que a Roma no le redituaba grandes ganancias; una ciudad que tenía un lago de exhalaciones que todo lo corrompían, que contaminaban el aire; con un suelo y clima insostenibles, cuyos sembradíos simplemente se pudrían? (V, VII, 3). Además, debemos recordar que los romanos estaban acostumbrados a los días de destrucción y de matanzas; éste era si no su destino, sí su forma de vida; por lo cual, Tácito, según creo, no tenía por qué intimidarse ante la gente por la destrucción y aniquilamiento de otra nación a su cuenta. Pero la ciudad famosa destruida era la ciudad de los famosos judíos, prófugos<sup>2</sup> e indeseables desde siempre, según Tácito.

Así, me llamó poderosamente la atención la profunda y larga descripción del pueblo judío, antes de narrar propiamente su destrucción. Es como si más que contar las hazañas de Roma, repito, el historiador buscara excusar a Roma de la barbarie cometida contra Jerusalén. Veamos un poco por qué.

Moisés —dice Tácito—, a fin de ganarse a la gente para el futuro, introdujo ritos nuevos y contrarios a los demás mortales. Allá es profano todo lo que entre nosotros es sagrado; por el contrario, entre ellos se concede lo que para nosotros no es casto (V, IV, 1).

Dicen —continúa el historiador mismo— que a los judíos primeramente les gustó el ocio en el séptimo día, porque éste les trajo el fin de sus trabajos; luego, por las caricias de la haraganería, también dieron a la pereza el séptimo año (V, IV, 6).

Después, como Tácito sintiera que de algún modo estos ritos eran justificables por su antigüedad, califica las demás instituciones de siniestras, feas, y cree que prevalecieron sólo por su maldad. Dice que los peores, despreciando las religiones de sus padres, amontonaban los tributos y las contribuciones, para aumentar la hacienda de los judíos. Que entre ellos eran obstinadamente fieles, prontos a la misericordia,

<sup>2</sup> Tácito sugiere Creta como la cuna de los judíos.

pero que odiaban a muerte a todos los demás pueblos. Que se cortaban alrededor los genitales para reconocerse por esa diversidad. Que eran gente libidinosa. Que no se acostaban con mujeres ajenas, pero entre ellos nada era prohibido. Que los conversos aprendían a despreciar a sus dioses, a renegar de la patria, a tener como cosas viles a los padres, a los hijos y a los hermanos. En fin, que aquel era un pueblo siniestro (V. VIII, 4), porque incluso se atrevió a condenar a muerte a otros hombres, a destruir ciudades, a matar a hermanos, cónyuges, padres, y a otras cosas propias de reyes. Que fomentaban la superstición, porque el honor del sacerdocio lo aprovechaban para robustecer su poder (V, VIII, 5).

En sí misma, tal descripción me parece terriblemente inclinada a mover el odio en contra de los judíos. Pero como filólogo que soy, lo que yo veo es que aquí Tácito o triunfa en la retórica puramente escolar, o fracasa por completo en el honor empeñado en su palabra de componer sus historias sin amor y sin odio. ¿Se trata de una simple argucia literaria o retórica, o al contrario, de una incapacidad como escritor para narrar objetivamente las vilezas cometidas por los que él amaba, contra los que acaso odiaba?

Además, a propósito ya del asalto a la ciudad de Jerusalén, Tácito hace que la dignidad y honor de los soldados romanos parezcan superiores: de feroces, valientes y ladrones, los vuelve soldados amigables, como si realmente alguien pudiera creer eso. Dice que después que el ejército defensor de Jerusalén se vio empujado a refugiarse en el interior de las murallas, a los romanos “no les parecía digno esperar el hambre de los enemigos; reclamaban los peligros, algunos por su valor, otros por su ferocidad, o por el ansia de premios”.

En la traducción de José Tapia, ésta es la trágica narración del día extremo de una ciudad famosa:

Hemos oído decir que la multitud de los sitiados, de todas las edades, de sexo masculino y femenino, fue de seiscientos mil; tenían armas todos los que las podían llevar, y se atrevían a llevar armas más de los que correspondía al número. Tenían igual obstinación los hombres y las mujeres; y ante la posibilidad de que se les obligara a cambiar de sede, tenían mayor miedo de la vida que de la muerte. (V, XIII, 6-7)

No entiendo ni el “desamor” ni el “desodio” del historiador. Yo creo, en todo caso, que Tácito sintió dolor por tamaña destrucción, o que

simplemente no tuvo el valor de narrar la historia que se había propuesto en el preámbulo, o que ni su perfecto dominio de la lengua le fue suficiente para hacerlo. Porque al final, esta “siniestra y despreciable” gente, como él la llama, a partir de la misma narración de Tácito el “odiador” de los judíos, resulta digna de toda alabanza, puesto que aun sus ancianos y mujeres y niños se erigieron en defensores, aun cuando habían sido educados, según el mismo historiador, para renegar de la patria.

Tan grande debió de ser la vergüenza de Tácito, que éste incluso con frecuencia resulta mentiroso, o al menos impreciso, si damos crédito a las notas del traductor Tapia Zúñiga, quien a propósito de este asunto no habla de sitiados, sino claramente de muertos, y no dice, como Tácito, que hayan sido seiscientos mil, sino un millón cien mil muertos y noventa y siete mil prisioneros. Un verdadero holocausto, sin duda, que de veras ni el historiador pudo narrar, fuera por incompetencia real o por vergüenza. Podría ser también que la correspondiente narración completa se perdiera sin dejar rastro alguno de su existencia, porque aquí, precisamente en el libro V, acerca de la destrucción de Jerusalén, hay una interrupción sólo explicable con la nota del traductor. ¿O se trata de un historiador de estilo austero, que, como dice su traductor, practicaba la habilidad de sugerir en lugar de decir (vol. I, p. XLVI), dejando al lector la tarea de la adivinanza? Yo creo que no. Yo creo que decía sólo aquello con lo que podía llevar agua a su molino.

A mí más me hubiera gustado, que después de decir, no de sugerir, tantas horribles cosas acerca de un pueblo, el historiador hubiera cumplido su palabra del desamor y del desodio, y nos hubiera dicho, no sugerido, lo que allá entonces ocurrió. Si no, ¿cómo la historia puede ser maestra de la vida? ¿Cómo podemos aprender, si no se nos enseña claramente?

Por todo eso digo que Tácito debe leerse con precaución. No sea que la maravilla de su pluma nos haga odiar a pueblos débiles, y amar a sus destructores. Por eso me parece un libro para adultos, para personas adultas, para pueblos adultos, para gobiernos adultos, para traductores adultos, como José Tapia, y digo José Tapia, porque al parecer, como ya de otro modo dije, él se cuidó de la simple lectura superficial, ya que en las notas al texto español, a veces advierte que no está de acuerdo con todas las informaciones del historiador.

Pero acaso Tácito quería justificar lo injustificable, dando cabida en su corazón al amor de Roma, al amor de aquellos romanos que imaginaban que en el templo de Jerusalén encontrarían un botín “de inmensa opulencia” (V, VIII, 1), aunque, como dice el mismo Tácito, desde que Pompeyo había destruido las murallas se sabía que ese recinto sagrado no contenía nada, que estaba vacío (V, IX, 1).

A pesar de todo y en cualquier forma, yo veo aquí una clara lección de retórica, que sin duda Tácito conocía de memoria: ni los individuos ni las naciones deben hacer nada de lo que en un futuro puedan hablar, nada que los avergüence, nada de lo que tengan que arrepentirse. En una palabra, deben encontrar el decoro de la vida, como lo había dicho Cicerón en el *Orador perfecto*.

Sea como sea, quien comience a leer estos libros de *historia* prohibida, no parará hasta el final; quedará atrapado en la eterna discusión acerca de la verdadera verdad de la Roma que puede conocerse gracias a la mágica pluma pero también a la voluntad de rey de Cornelio Tácito, y gracias también a la filología de José Tapia Zúñiga.

Bulmaro REYES CORIA